

congreso constituyente cuando se discutía el artículo XV de la Constitución, por no votar contra el cle- ro ni emitir opinión á su favor. A esto contestaremos que si tal hizo obró perfectamente, y que es un mérito mas para nosotros, porque un presidente que desee quedar bien con todos no tiene precio para encargarse del poder ejecutivo de la República; y, por otra parte, nadie sabe si dejó de asistir al congreso durante aquella discusión por hacer algun canto patriótico, como no expuso su literatura con los franceses por escribir esa can- cion digna y valiente que se llama Mamá Carlota.

Tambien no faltará quien diga que no puede llamarse caudillo de la Reforma el que desempeñaba en la época de aquella revolucion glo- riosa que inmortalizó á D. Santos Degollado y á otros, la secretaría del ayuntamiento reaccionario; pe- ro á esto responderemos, siempre con la ley suprema de la conve- niencia en la mano, que un suel- dito de tres mil del águila al año no es de desperdiciarse, y que no- sotros hemos visto, con estos pro- pios ojos que se ha de comer la tierra, entrar al general Riva Pa- lacio, vestido lujosamente de chi- naco, al lado de los vencedores de Calpulalpan, haciéndolo brillar á la luz del sol su virgínea espada.

Los malcontentos observarán á esto que la víspera de la entrada triunfal del victorioso ejército de la Reforma, Porfirio García de Leon, que en paz de Dios goce, prestó su equipo al general Riva Palacio á instancias de este caudillo, que de su habitacion salió á tiempo para incorporarse con los vencedores y participar de los honores que se les tributaban: pero mezquinda- dos son ellas de que no hacemos aprecio, primero porque nada tie- ne de particular que nuestro can- didato fuese amigo de Porfirio García de Leon y le pidiera pres- tada su ropa, y despues, porque aunque no fuera mas que con sus buenos deseos, no manifestados pú- blicamente para no perder la se- cretaría del ayuntamiento, acompañó en sus trabajos y en sus campañas á los que dieron el gol-

pe mortal á la reaccion en Calpu- lalpan.

Los que no valorizan como de- ben los inmensos servicios que el general Riva Palacio prestó á la patria durante la guerra de la se- gunda independencia, aseguran que tenia un salvo-conducto de Maximiliano que le ponía á cu- bierto de los peligros que corrian los que combatian en aquella épo- ca por la dignidad y el honor de México; pero esto, lejos de reba- jar el mérito de su conducta, la enaltece, porque es una nueva prueba de su espíritu conciliador y diplomático, y de que observa las máximas de Franklin y quiere tener siempre dos cuerdas en su arco.

Hemos contestado ligeramente á las observaciones que la prensa ministerial no dejará de hacernos respecto de nuestro candidato; en cuanto á los otros títulos que le he- mos dado, nadie que haya leído sus escritos podrá desconocerlos, y nos lisonjamos de que nuestro pensamiento de elevarle á la pri- mera magistratura del país será secundado por todos nuestros con- ciudadanos.

COINCIDENCIAS.

Casi al mismo tiempo han apa- recido dos libelos: uno se intitula "Historia de la administracion de D. Sebastian Lerdo de Tejada," y otro *Tácito*: el primero es el engen- dro del despecho y del ódio de Vi- cente Riva Palacio; el segundo las náuseas que arroja á la prensa el ambiguo capitancillo Armando, tan conocido por su procacidad y su ignorancia desde Jalisco hasta México; de aquí no ha pasado su popularidad, si este nombre me- rece la risa que ha dejado en pos de sí este intruso rapsodista.

Y sin embargo, este dualismo entre el nieto de Guerrero, y el nuevo Ginesillo de Pasamonte, tie- ne una significacion: los dos pre- tenden desacreditar al Sr. Lerdo, uno usurpando el nombre de la His- toria, y otro el del famoso histo- riador romano. La zarzuela todo lo ha invadido. La primera entrega

de la Historia, ha merecido los elo- gios de alguno de los beduinos es- critores del *Monitor*, acostumbra- dos á recorrer toda la distancia que hay de la adulacion á la mentira; ha merecido igualmente los de Pe- rez Jardon, que es un Tácito cimaron, y pronto será ensalzada hasta por el loquito Jesus Alfaro; estos timbres, formarán la corona immor- tal del historiador.

Vicente, el nieto de Guerrero, ofrece ser imparcial, y vamos á edi- ficarnos cuando en esa mirada re- trospectiva con que ha comenzado su historia, nos refiera con la serenidad de Tácito los pasajes siguien- tes:

1. ° Cuánto importó el convite de la brigada de México, y quién lo pagó. Esto lo sabe bien el his- toriador.

2. ° Si en la administracion de que habla la historia, estuvo el his- toriador tan bien pagado y siempre adelantado, que hasta salió de- biendo.

3. ° Si es verdad, segun cuenta la historia, que el desprestigio y el odio de la administracion del Sr. Lerdo comienza en el periodo aquel en que este señor, segun dice otra historia, tuvo el buen juicio de no recomendar la candidatura de Vi- cente para presidente de la Supre- ma Corte de Justicia, porque nues- tro historiador tiene y continúa teniendo la modestia de pretender esos empleos, ó cosa parecida, solo porque es nieto de Guerrero, y ade- mas *soldado en las montañas*.

La Historia de la administracion del Sr. Lerdo, no dirá esas y otras cosas curiosas; pero las diremos nosotros, aunque sea imitando el estilo del *Tácito* jalisciense, porque este es el que merecen ciertos ras- gos biográfico-políticos del nieto de Guerrero, y aspirante contumaz á los mas elevados puestos del país.

Y ¿qué hay de comun entre la "Historia de la administracion del Sr. Lerdo," y el *Tácito* de Manuel Blanco? Que en la oposicion actual de México, hay su aposto- lado, sus Judas y tambien sus pre- cursores: *Tácito* con sus algara- bias de Chilon, la Biblia, el Koran, y el Evangelio, ha sido el precur- sor de su maestro, el anunciador